

trocito de la carne fresca de carabao que acababa de ser llevada a la aldea.

Cesaron los ruidosos palmo-teos, callaron las vocecitas chillonas, y las seis cabecitas negras se volvieron de una, en dirección de donde parecía venía la voz del Tambo-joog, y escucharon atentamente, mientras levantaban el índice de sus manecitas para imponer silencio.

—¡Debe haber algún buen trozo de carne en la choza de Kisal—dijo quedamente Tapai a sus compañeros.

—¿Té undawitka... ¡Pues allá vamos!

Y acto seguido se pusieron en pie, saltaron el muro de piedra, vadearon el lodoso riachuelo que corre detrás de la cabaña de Koreempap, y después de algunos instantes más de rápida marcha, llegaron a la choza de Kisal, e inmediatamente tomaron asiento junto con los vecinos del pueblo al rededor de un hermoso vacuno, un carabao, muerto. El animal, que pertenecía al ganado de Binean, había sido hallado muerto entre las rocas de Kansbas.

—Kasepa, abujog.... ¡Qué lástima!—exclamaban los del pueblo ¡Ya está descompuesto!

Pero esto no impidió que se hiciera la repartición entre los circunstantes, de la carne del animal muerto. Los seis rapazuelos recibieron también su parte, y luego llenos de júbilo, corrieron a sus chozas para dárselo cada uno

a su madre. Y aquella noche toda la aldea comió de la carne del vacuno de Binean.

Al siguiente día, amaneció Kitong enfermo y transcurrieron más días sin que el enfermo mejorara.

Bwalasbas, el mambunong, dijo que Kitong había contraído el mal del carabao de Binean, porque Kitong, como el resto de los vecinos de la aldea, había también participado de la carne aquella. Y el hechicero aconsejó que se exorcisara al enfermo, pues era este el único medio de aliviarlo. Y dirigiéndose al corral, cogió un huevo de gallina, y colocándolo cuidadosamente en la tierra, comenzó a mascullar unas frases misteriosas e ininteligibles. Y en efecto, a la mañana siguiente, Kitong pudo dejar el lecho, y viósele junto con Tangai y Kalub, entregado a sus travesuras infantiles.

El pobre padre de Kitong, Silas, había tenido un sueño desasosegado. La noche anterior, momentos antes del primer canto del gallo, casi ya a la madrugada, apareciósele en medio de su sueño, el alma de su difunto padre Anté, y con acento suplicante y dolorido le dijo:

—Maniadka ni nuang.... Necesito un carabao. Celebra un kaniaw Kiad y sacríficame un carabao.

Y dichas estas palabras desapareció.

Quedó acongojadísimo y preocupado Silas, al despertar de aquel

sueño. ¿Cómo sacrificar un carabao.....cómo, si eran escacisimos sus recursos? No, se decía tristemente, no era posible, no podría satisfacer a su padre.....

Mas, el pobre Silas sentía escalofrios al pensar de que su padre le enviaria tribulaciones si no cumplía su voluntad. Así es que después de mucho titubeo, de reflexiones y cálculos, terminó por decidir que era menester celebrar el kaniaw.

Y enseguida compró un carabao. Con el permiso de los mayores de la aldea, había escogido uno de tamaño regular, porque como Silas era pobre, sus humildes recursos no le permitían hacer grandes gastos.

Llegó el día del kaniaw, y el mambunung comenzó a primeras horas del día, a exorcisar dos jarrones de tapoei que estaban en la choza de Silas.

Y cuando hubo llegado la hora de las ceremonias, salió Silas de su choza, y cogiendo unos cuantos pedazos de bejuco "sap-sap", se

dirigió hacia el animal que iba a ser sacrificado, y dióle unos cuantos latigazos. Terminada esta ceremonia, retiróse de nuevo a su choza.

Cogiendo un afilado "gwasi" (hacha) un individuo asestó un fuerte golpe al pescuezo del animal, e inmediatamente otro individuo le hundió un cuchillo en el costado. Brotó la sangre a borbotones, y arrimando a la herida un receptáculo, recogieron hasta la última gota.

Después de haber sido descuartizado el animal, pusieron a cocer al fuego las tripas, sangre, higado y corazón, que sería lo que reservarían para los espíritus, y para los que tomarían parte en las ceremonias del kaniaw. El resto de la víctima fué cortado en pedazos, y cocidos éstos, y luego repartidos a la gente moza que se hallaba reunida en el solar. El rabo y la cadera fueron guardados para el día siguiente.....

(Continuará)



—Un niño, que deseaba instruirse, preguntaba a su maestro.

—¿Hace V. favor de decirme, qué se entiende por obra póstuma?

—Se llama póstuma, respondió el maestro, aquella obra, que escribe un autor después de muerto.



EL EFECTO Y LA CAUSA.— No paso vez por la calle de la Montera, que no encuentre dos o tres entierros en la puerta de San Luis, decía un amigo nuestro. Pero, señor, ¿que ha de suceder en un pueblo, que tiene de setecientos a ochocientos médicos? Es claro.